

TEORÍAS SISTÉMICAS Y REDUCCIONISTAS

Los capítulos 2 y 3 son elevadamente críticos. La crítica es una tarea negativa que, supuestamente, tiene sus recompensas. Para ganármelas, en este capítulo reflexionaré en primer término acerca de los defectos teóricos revelados en las páginas previas, para decir luego qué es lo que comprende una teoría sistémica de la política internacional y qué es lo que puede y lo que no puede lograr.

I

De una u otra manera, las teorías de política internacional, sean reduccionistas o sistémicas, se ocupan de los acontecimientos en todos los niveles, desde el subnacional hasta el supranacional. Las teorías no son reduccionistas o sistémicas según el tema del que se ocupen, sino según el modo en que disponen sus materiales. Las teorías reduccionistas explican los acontecimientos internacionales por medio de elementos y combinaciones de elementos situados en los niveles nacionales o subnacionales. Esas teorías afirman que las fuerzas internas producen los resultados externos. $N \longrightarrow X$ es el esquema que siguen. El sistema internacional, si es que se lo concibe, es tan sólo considerado un resultado.

Una teoría reduccionista es una teoría acerca de la conducta de las partes. Una vez que se ha logrado una teoría que explique la conducta de las partes, no se hacen más esfuerzos ni son tampoco necesarios. Según las teorías del imperialismo que examinamos en el capítulo 2, por ejemplo, los resultados internacionales son simplemente la suma de los resultados producidos por los Estados por separado, y la conducta de cada uno de ellos se explica por medio de sus características internas.

La teoría de Hobson, tomada como general, es una teoría acerca del funcionamiento de las economías nacionales. Dadas ciertas condiciones, explica por qué disminuye la demanda, por qué cae la producción y por qué hay desempleo de los recursos. A partir del conocimiento del funcionamiento de las economías capitalistas, Hobson creyó poder inferir la conducta externa de los Estados capitalistas. Cometió el error que consiste en predecir resultados a partir de los atributos. Intentar hacer eso es lo mismo que pasar por alto las diferencias entre estas dos oraciones: "Él es un buscalíos"; "Él causa problemas". La segunda afirmación no se desprende de la primera si los atributos de los actores no son los únicos determinantes de los resultados. Del mismo modo que los pacificadores fracasan en sus intentos de lograr la paz, los "buscalíos" pueden fracasar en su intento de causar problemas. A partir de los atributos no se pueden predecir los resultados si los resultados dependen de las situaciones de los actores además de depender de sus atributos.

Aparentemente, pocas personas pueden escapar a la convicción de que los resultados políticos internacionales están determinados, y no meramente afectados, por las características de los Estados. El error de Hobson ha sido cometido por casi todos, al menos a partir del siglo diecinueve en adelante. En la historia anterior de la política moderna de los grandes poderes, todos los Estados eran monarquías, y la mayoría monarquías absolutas. ¿El juego político del poder se jugaba entonces a causa de los imperativos políticos internacionales o simplemente porque los Estados autoritarios se preocupan por el poder? Si la respuesta para la última parte de la pregunta fuera "sí", entonces los cambios nacionales profundos transformarían la política internacional. Esos cambios empezaron a llevarse a cabo en Europa y en América en 1789 de manera más notable. Para algunos, la democracia se convirtió en la forma del Estado que haría pacífico al mundo; para otros, más tarde, fue el socialismo el encargado de esa tarea. Más aún, no solamente la guerra y la paz, sino también la política internacional en general debían comprenderse por medio del estudio del Estado y de los estadistas, las élites y las burocracias, los actores subnacionales y transnacionales cuyas conductas e interacciones forman la sustancia de los asuntos internacionales.

Los científicos políticos, ya sean de orientación moderna o

tradicional, codifican sus teorías reduciéndolas a las partes interactuantes. Por dos razones, el hecho de agrupar así a los tradicionalistas históricos y a los modernistas de orientación científica puede parecer raro. Primero, la diferencia entre los métodos que utilizan oscurece la similitud de sus metodologías, es decir, de la lógica que siguen sus investigaciones. Los tradicionalistas acentúan la distinción estructural existente entre la política doméstica y la política internacional, una distinción que usualmente los modernistas niegan. La distinción se basa en la diferencia existente entre una política llevada a cabo en una situación donde existen leyes establecidas y la política que se lleva a cabo en una situación de anarquía. Raymond Aron, por ejemplo, descubre la cualidad distintiva de la política internacional en "la ausencia de un tribunal o de fuerza policial, el recurso de la fuerza, la pluralidad de centros de decisión autónomos, la alternación y el interjuego continuo entre guerra y paz" (1967, p. 192). Con esta opinión contrasta el examen que hace J. David Singer de las potencialidades descriptivas, explicativas y predictivas de dos de los niveles de análisis: el nacional y el internacional (1961). En su examen, ni siquiera menciona la diferencia contextual existente entre las políticas organizadas dentro de los Estados y las políticas formalmente desorganizadas que se dan entre ellos. Si se pasa por alto o se niega la diferencia contextual, la diferencia cualitativa entre política interna y externa desaparece, o jamás existió. Y ésta es, por cierto, la conclusión a la que llegan los modernistas. La diferencia entre el sistema global y los subsistemas no estriba entonces en la anarquía del primero y en la organización formal de los segundos, sino en el hecho de que existe, como lo expresa Singer, un único sistema internacional, "el del planeta Tierra" (1969, p. 30). Si se cree en ello, entonces "el problema del nivel de análisis en las relaciones internacionales" se resuelve convirtiendo el problema en una cuestión de elección, una elección determinada por los intereses del investigador (1961, p. 90).

Los tradicionalistas siguen insistiendo en que el carácter anárquico de la política internacional es quien marca la distinción entre los campos interno y externo, y los modernistas lo niegan. Si escuchamos lo que *dicen* los partidarios de ambos bandos, el abismo que se abre entre ellos es extenso y profundo. Si miramos lo que *hacen* los partidarios de ambos bandos, dejando de lado los métodos, el abismo se achica y casi desapa-

rece. Todos ellos derivan hacia el "polo dominante del subsistema". Su atención se centra en el comportamiento de las unidades. Se concentran en descubrir quién está haciendo qué cosa para producir los resultados. Cuando Aron y otros tradicionalistas insisten en que las categorías de los teóricos sean coherentes con las motivaciones y percepciones de los actores, están afirmando la lógica preeminente conductista que siguen sus investigaciones. Los modernistas y los tradicionalistas están marcados por el mismo molde. Comparten la convicción de que las explicaciones de los resultados de la política internacional pueden descubrirse a partir del examen de las acciones y las interacciones de las naciones y de otros actores.

La semejanza de los enfoques tradicionalista y modernista en el estudio de la política internacional es fácilmente demostrable. Los analistas que limitan su atención a las unidades interactuantes, sin reconocer que están en juego causas sistémicas, compensan las omisiones asignando arbitrariamente esas causas al nivel de las unidades interactuantes y repartiéndolas entre los actores. Los esfuerzos tendientes a relegar las causas sistémicas al nivel de las unidades interactuantes son prácticos y teóricos. Las políticas domésticas se convierten en asuntos del directo dominio internacional. Esto fue demostrado claramente en 1973 y después, cuando la *détente* se convirtió en algo así como un tema de la política norteamericana. ¿La *détente* podría, se preguntaban algunos, sobrevivir a la presión ejercida por los americanos sobre los líderes políticos rusos para que gobernarán de un modo un poco más liberal? Hans Morgenthau, esperablemente, invirtió la argumentación. La preocupación norteamericana por la política doméstica rusa, alega, no está "entrometiéndose en los asuntos domésticos de otro país. Más bien refleja el reconocimiento de que una paz estable, fundada sobre un equilibrio de poder estable, se predica sobre un cierto marco de referencia moral que expresa el compromiso de todas las naciones involucradas con ciertos principios morales básicos, uno de los cuales es la preservación de ese equilibrio de poder" (1974, p. 39). Si los resultados políticos internacionales están determinados por lo que son los Estados, entonces debemos preocuparnos por las disposiciones internas de aquéllos que son internacionalmente importantes, e incluso hacer algo para cambiarlas.

Como hacedor de políticas, el secretario de Estado Henry Kissinger rechazó la argumentación de Morgenthau. Como científico político, no obstante, Kissinger había estado de acuerdo antes con Morgenthau al creer que la preservación de la paz y el mantenimiento de la estabilidad internacional dependen de las actitudes y de las características internas de los Estados. Kissinger definía un orden internacional como "legítimo" si es aceptado por todos los poderes mayores, y como "revolucionario" si uno o más de esos poderes lo rechazan. En contraste con un orden legítimo, uno revolucionario es aquél con el que uno o más de los Estados principales se niegan a tratar según las reglas convencionales del juego. La cualidad del orden depende de las disposiciones de los Estados que lo constituyen. Un orden internacional legítimo tiende hacia la estabilidad y la paz; un orden internacional revolucionario, hacia la inestabilidad y la guerra. Los Estados revolucionarios hacen sistemas internacionales revolucionarios; un sistema revolucionario es aquél que contiene uno o más Estados revolucionarios (Kissinger, 1957, pp. 316-320; 1964, pp. 1-6; 1968, p. 899). El razonamiento es circular, y lo es naturalmente. Una vez que el sistema ha sido reducido a sus partes interactuantes, el destino de ese sistema sólo puede ser determinado por las características de sus principales unidades.¹

Entre los científicos políticos, se considera que Morgenthau y Kissinger son tradicionalistas —estudiosos dedicados a la historia y más concentrados en la política que en la teoría y los métodos científicos. La práctica en cuestión, sin embargo, es común entre científicos sociales de diferentes orientaciones. En

¹ Lo que Kissinger aprendió como estadista es dramáticamente diferente de las conclusiones a las que llegó como académico. Abundan las afirmaciones reveladoras de su nuevo enfoque, pero un ejemplo bastará. Entrevistado por William F. Buckley Jr. cuando era secretario de Estado, Kissinger hizo estas tres declaraciones en tres párrafos sucesivos: "En estructura interna, las sociedades comunistas son moralmente inaceptables para nosotros..." "Aunque nuestra ideología y la de ellos siguen siendo incompatibles, no obstante podemos llevar a cabo algunas acomodaciones prácticas preservadoras de la paz en nuestra política exterior." Sin duda, "deberíamos evitar crear la ilusión de que el progreso en algunas cuestiones de política externa... significa que ha habido un cambio en la estructura doméstica" (13 septiembre 1975, p. 5).

El vínculo entre los atributos internos y los resultados externos no se considera irrompible. Las condiciones y compromisos internos ya no determinan la cualidad de la vida internacional.

el capítulo 3 vimos que el razonamiento de Kaplan era igual al de Morgenthau, aunque el vocabulario de Kaplan, tomado en préstamo de la teoría sistémica general, ha oscurecido esta semejanza. Marion Levy, un sociólogo que ocasionalmente escribe acerca de política internacional, suministra otro ejemplo. Afirma que los “problemas focales” de los asuntos internacionales “son aquéllos de la modernización de las sociedades relativamente no-modernizadas y del mantenimiento de la estabilidad dentro (y en consecuencia entre) las sociedades relativamente modernizadas” (1966, p. 734).

Las explicaciones de adentro hacia afuera producen los resultados que estos ejemplos ilustran. Kissinger, al decir que la inestabilidad internacional y las guerras se producen a causa de la existencia de Estados revolucionarios, es como si dijera que las guerras se producen porque algunos Estados son belicosos. Y, sin embargo, los regímenes revolucionarios pueden obedecer las reglas internacionales —o, más simplemente, tender hacia la coexistencia pacífica— porque las presiones de sus situaciones externas sobrepasan las metas generadas internamente. Los órdenes internacionales revolucionarios son a veces estables y pacíficos. Inversamente, los regímenes internacionales legítimos son a veces inestables y proclives a la guerra. El esfuerzo por predecir los resultados internacionales a partir de las características nacionales conduce a conclusiones poco impresionantes. Decir que los Estados estables dan lugar a un mundo estable implica simplemente afirmar que el orden prevalece si la mayoría de los Estados son ordenados. Pero, incluso en el caso de que cada uno de los Estados sea estable, el mundo puede no serlo. Si cada uno de los Estados fuera estable y sólo luchara por la seguridad sin tener planes contra sus vecinos, todos los Estados serían inseguros, pues los medios por los que un Estado se procura su seguridad son, por su misma existencia, los que implican una amenaza para los otros Estados. No se puede inferir el estado de la política internacional a partir de la composición interna de los Estados, ni tampoco se puede llegar a ningún entendimiento de la política internacional sumando las políticas exteriores y las conductas externas de los Estados.

Las diferencias existentes entre la escuela tradicional y la moderna son suficientemente amplias como para oscurecer su similitud fundamental. La similitud, una vez advertida, es nota-

ble: los miembros de ambas escuelas se revelan, en el fondo, como conductistas. Los miembros de ambas escuelas ofrecen explicaciones en términos de las conductas de las unidades, dejando de lado el efecto que las situaciones pueden ejercer. El sentido pleno de la unidad de estilo de razonamiento está expresado si recordamos los ejemplos de los capítulos 2 y 3 y los situamos junto a los que acabamos de expresar. Veblen y Schumpeter explican el imperialismo y la guerra de acuerdo con el desarrollo social interno; Hobson y su vasta progenie, por las disposiciones económicas internas. Levy piensa que la estabilidad nacional determina la estabilidad internacional. Kaplan declara que la política internacional es la dominante del subsistema. Aron dice que las características de los polos del sistema son más importantes que el número de polos que existan. Como estudioso, aunque no como funcionario, Kissinger identifica los Estados revolucionarios con la inestabilidad internacional y la guerra. Como está de acuerdo con esta posición de Kissinger, Morgenthau recomienda la intervención en los asuntos domésticos de otros Estados en nombre de la necesidad política internacional. Rosencrance transforma al sistema internacional en efecto y no en causa, y convierte su examen de la política internacional en una "correlación" de las condiciones internas y de los resultados internacionales, y en un rastreo de los efectos secuenciales. Varios estudiosos modernos invierten mucho tiempo calculando los coeficientes de correlación pearsonianos. A menudo, esto significa agregar números a esas clases de asociaciones impresionistas entre las condiciones internas y los resultados externos que con tanta frecuencia nos ofrecen los tradicionalistas. Los estudios políticos internacionales que conforman el esquema adentro-afuera se desarrollan por medio de la lógica correlacional, sean cuales fueren los métodos utilizados. Los estudiosos que pueden o no designarse teóricos sistémicos, y las formulaciones que parecen más o menos científicas, siguen la misma línea de pensamiento. Examinan la política internacional en términos de las características de los Estados y de sus interacciones, pero no en términos de cómo se sitúan en relación mutua. Cometten la "falacia analítica" de C. F. A. Pantin, limitando sus estudios a factores que influyen sobre sus fenómenos sin considerar que "las configuraciones de

orden más elevado pueden tener propiedades que merecen ser estudiadas por derecho propio" (1968, p. 175).

No es posible comprender la política mundial por medio de una simple observación del interior de los Estados. Si los propósitos, políticas y acciones de los Estados se convierten en el exclusivo centro de atención o, incluso, en la preocupación principal, estamos forzados a retroceder al nivel descriptivo; y a partir de simples descripciones no se pueden extraer generalizaciones válidas. Podemos decir qué vemos, pero no podemos saber qué significa. Cada vez que creemos ver algo diferente o nuevo, tenemos que designar otra "variable" a nivel de la unidad como causa. Si la situación de los actores afecta sus conductas e influye sobre sus interacciones, los intentos de explicación a nivel de la unidad llevarán a una infinita proliferación de variables, porque en ese nivel ninguna variable única, o conjunto de variables, es suficiente para producir los resultados observados. Las así llamadas variables proliferan desafortadamente cuando el enfoque adoptado no logra aprehender qué es lo que es causalmente importante en el tema elegido. Se agregan variables para justificar efectos aparentemente carentes de causa. Lo que se omite a nivel sistémico es recuperado —si es que lo es—, atribuyendo características, motivos, obligaciones o cualquier otra cosa a los actores individuales. El resultado observado se convierte en una causa, que es entonces asignada a los autores. No existe, sin embargo, ningún proceso rastreable ni lógicamente sólido por el cual los efectos que derivan del sistema puedan ser atribuidos a las unidades. Las variables, entonces, deben ser sumadas subjetivamente, de acuerdo con el buen o mal juicio del autor. Esto produce las interminables argumentaciones condenadas a ser inconcluyentes.

Con el objeto de tomar con seriedad a Morgenthau, Kissinger, Levy y el resto, tendríamos que creer que ninguna causa interviene entre las metas y las acciones de los Estados y los resultados que esas acciones producen. En la historia de las relaciones internacionales, sin embargo, los resultados logrados rara vez corresponden a las intenciones de los actores. ¿Por qué esas intenciones son repetidamente frustradas? La respuesta evidente es que ciertas causas, ajenas a sus caracteres *individuales*, operan colectivamente sobre los actores. Cada Estado llega a ciertas políticas y decide las acciones según sus propios procesos inter-

nos, pero estas decisiones están modeladas por la presencia misma de otros Estados, así como por las interacciones con ellos. Cuándo y cómo las fuerzas internas hallan una expresión externa, si es que lo hacen, no puede ser explicado en términos de las partes interactuantes si la situación en la que interactúan y actúa las limita, impidiéndoles algunas acciones, disponiéndolas a otras, y afecta los resultados de esas interacciones.

Si los cambios de los resultados internacionales están directamente vinculados a los cambios de los actores, ¿de qué modo podemos dar cuenta de las semejanzas de resultados que persisten o recurren, incluso, en el caso de que los actores varíen? Quien crea que puede dar cuenta de los cambios de la política internacional también deberá preguntarse de qué modo se pueden explicar las continuidades. A veces, la política internacional es descrita como el dominio de los accidentes y las perturbaciones, de los cambios rápidos e impredecibles. Aunque abundan los cambios, las continuidades son igualmente impresionantes, o más, afirmación que puede ilustrarse de diversas maneras. Quien lea el libro apócrifo de los Primeros Macabeos teniendo en mente los acontecimientos anteriores y posteriores a la Primera Guerra Mundial podrá apreciar el sentido de continuidad que caracteriza a la política internacional. Tanto en el siglo dos antes de Cristo como en el siglo veinte, los árabes y judíos pelearon entre sí por los residuos del imperio del norte, en tanto los Estados ajenos a la arena los contemplaban o intervenían activamente. Para ilustrar el punto de manera más general, podemos citar el famoso caso de Hobbes sintiendo la contemporaneidad de Tucídides. Menos famosa pero igualmente notable es la consideración que hace Louis J. Halle de la relevancia de Tucídides en la era de las armas nucleares y los superpoderes (1955, Apéndice). En las dos guerras mundiales de este siglo, para tomar otro tipo de ejemplificación, los mismos países principales se alinearon unos en contra de otros, a pesar de los cambios políticos domésticos que se produjeron en el período de entreguerra. La textura de la política internacional sigue siendo muy constante, los esquemas se repiten, y los acontecimientos recurren infinitamente. Las relaciones que prevalecen internacionalmente rara vez cambian en tipo o cualidad. Están marcadas por una desoladora persistencia, una persistencia que debe esperarse mientras ninguna de las unidades involucradas sea

capaz de convertir el anárquico reino internacional en un reino jerárquico.

La persistente anarquía de la política internacional justifica la notable semejanza de calidad que la vida internacional ha presenciado durante milenios, afirmación ésta que encontrará seguramente consenso general. ¿Por qué entonces se da esa constante tendencia a la reducción? La respuesta es que usualmente, la reducción no es consecuencia de los esfuerzos de un especialista sino de sus errores. Se cree que el estudio de las unidades interactuantes agota el tema, que incluye todo lo que puede incluirse a nivel de la unidad y a nivel sistémico. Algunos científicos políticos arguyen que una perspectiva sistémica concentra su atención en los aspectos relacionales de la política internacional. Pero los Estados interactuantes han sido siempre los objetos de estudio. Otros dicen que la compleción de un análisis realizado en términos de los Estados interactuantes necesita solamente agregar la consideración de los actores no estatales. Tal vez sea necesaria esta inclusión, pero eso nos dejaría a nivel de la unidad o a un nivel inferior todavía. Las interacciones se dan a nivel de las unidades, no a nivel del sistema. Al igual que los resultados de las acciones de los Estados, las implicancias de las interacciones no pueden conocerse, ni siquiera adivinarse inteligentemente, sin conocimiento de la situación en la que esas interacciones se producen. Las interacciones esporádicas de los Estados, por ejemplo, pueden ser más importantes que la diaria conducción de los asuntos rutinarios. El destino de los Estados cuyas relaciones económicas y turísticas son escasas puede estar estrechamente vinculado. Sabemos que esto es lo que ocurre en el caso de Estados Unidos y de la Unión Soviética. No podemos llegar a esa conclusión por medio del conteo de las transacciones ni por la medición de las interacciones que se producen entre ambos. Esto no implica que la medición y el conteo sean actividades inútiles. No significa que las conclusiones acerca del Estado de la política internacional no puedan ser inferidas a partir de los datos sobre las relaciones formales o informales de los Estados. En realidad, con mayor frecuencia procedemos en dirección opuesta. Decimos, por ejemplo, que Estados Unidos y la Unión Soviética, o que Estados Unidos, la Unión Soviética y China, interactúan estrechamente porque creemos que ciertas acciones afectan intensamente al par, o al trío, haya o no haya

relaciones para observar o transacciones para contar. Nos ahorramos así el absurdo de decir que un nivel bajo de interacciones entre ciertos Estados indica la escasa importancia de sus relaciones.

Las continuidades y las repeticiones derrotan a los intentos de explicar la política internacional siguiendo la familiar fórmula adentro-afuera. Pensemos en las diversas causas de guerra descubiertas por los estudiosos. Formas gubernamentales, sistemas económicos, instituciones sociales, ideologías políticas: éstos son solo algunos ejemplos de los lugares en los que se han situado las causas. Y sin embargo, aunque se asignan causas específicas, sabemos que Estados con todas las formas imaginables de instituciones económicas, costumbres sociales e ideologías políticas han combatido en guerras. Y lo que es más notable aún, muchas clases diferentes de organizaciones se embarcan en guerras, ya sean tribus, pequeñas organizaciones, imperios, naciones o pandillas callejeras. Si una determinada situación parece haber causado una guerra determinada, debemos preguntarnos qué es lo que justifica la repetición de las guerras cuando las causas varían. Las variaciones de calidad de las unidades no están directamente relacionadas con los resultados producidos por sus conductas, así como tampoco lo están las variaciones de los esquemas de interacción. Muchos teóricos, por ejemplo, han afirmado que la Primera Guerra Mundial fue causada por la interacción de dos coaliciones opuestas y cuidadosamente equilibradas. Pero muchos también han afirmado que la Segunda Guerra Mundial fue causada por la incapacidad demostrada por ciertos Estados con respecto a la corrección de un desequilibrio de poder, ya que no se aliaron para contrabalancear una alianza en ciernes.

II

Las naciones cambian de forma y de propósito; se producen adelantos tecnológicos; los armamentos se transforman radicalmente; se forjan y se deshacen las alianzas. Éstos son cambios dentro de los sistemas, y esos cambios ayudan a explicar las variaciones de los resultados políticos internacionales. En el capítulo 3 vimos que ciertos teóricos que aspiran a ser sistémicos piensan en esos cambios intra-sistémicos como hitos que

marcan desplazamientos de un sistema a otro. Una vez que se ha definido claramente la estructura, tarea del siguiente capítulo, los cambios a nivel de la estructura pueden mantenerse aparte de los cambios a nivel de la unidad. Sin embargo, podemos preguntarnos si las reducciones que condicionan que los cambios a nivel de la unidad sean llamados cambios estructurales no pueden remediarse gracias a un cambio de vocabulario. Desafortunadamente, no es así. El problema que consiste en demostrar de qué modo las causas estructurales producen sus efectos quedará sin resolver.

Las explicaciones a nivel bajo son repetidamente descalificadas, porque la semejanza y repetición de los resultados internacionales persisten a pesar de las enormes variaciones de los atributos y de las interacciones de los agentes que supuestamente son sus causas. ¿Cómo es posible dar cuenta de la desconexión de los efectos y las causas observadas? Cuando las causas aparentes varían más que sus presuntos efectos, sabemos que esas causas han sido especificadas de manera errónea o incompleta. El repetido fracaso de los intentos de explicar analíticamente resultados nacionales —es decir, por medio del examen de las unidades interactuantes— señala con toda claridad las necesidades de un enfoque sistémico. Si los mismos efectos se producen a partir de diferentes causas, entonces debe haber limitaciones que operan sobre las variables independientes de maneras que afectan los resultados. No podemos incorporar esas limitaciones si las tratamos como una o más variables independientes, manteniéndolas a todas en el mismo nivel, porque las limitaciones pueden incidir sobre el total de variables independientes y porque lo hacen de maneras diferentes a medida que los sistemas cambian. Como no podemos concretar esa incorporación, la reducción resulta absolutamente inadecuada, y un enfoque analítico debe dejar lugar a otro sistémico. Es posible creer que algunas de las causas de los resultados internacionales se hallen a nivel de las unidades interactuantes. Como las variaciones de las presuntas causas no se corresponden muy estrechamente con las variaciones de los resultados, sin embargo, debemos creer que algunas de las causas están situadas también a otro nivel. Las causas a nivel de la unidad y a nivel del sistema interactúan, y por eso la explicación a nivel de la unidad está condenada a ser inconducente. Si nuestro enfoque elegido nos

permite manejar las causas a nivel de la unidad y las causas a nivel sistémico, entonces podremos afrontar tanto los cambios como las continuidades que se dan en un sistema. Y podremos hacerlo, incluso, sin proliferación de variables ni multiplicación de las categorías.

Desde el capítulo 1 sabemos cómo se construye una teoría. Para construir una teoría debemos abstraer de la realidad, es decir, dejar de lado casi todo lo que vemos y experimentamos. Los estudiosos de la política internacional han intentado aproximarse lo más posible a la realidad de la práctica internacional e incrementar el contenido empírico de sus estudios. La ciencia natural, por contraste, ha avanzado durante milenios desplazándose de la realidad cotidiana y satisfaciendo la ya mencionada aspiración de Conant de disminuir “el grado de empirismo involucrado en la resolución de problemas”. Los científicos naturales buscan simplicidad: unidades elementales y teorías elegantes acerca de ellas. Los estudiosos de la política internacional complican sus estudios y afirman localizar cada vez más variables. Los temas de las ciencias sociales y de las naturales son completamente diferentes. La diferencia no oblitera ciertas posibilidades y necesidades. No importa cuál sea el tema, debemos limitar el dominio que nos concierne, organizarlo, para simplificar los materiales de los que nos ocupamos, para concentrarnos en ciertas tendencias, y para individualizar las fuerzas impulsoras más fuertes.

Por la primera parte de este capítulo sabemos que la teoría que deseamos construir es sistémica. ¿Cómo será una teoría sistémica de política internacional? ¿Qué alcance tendrá? ¿Qué será capaz e incapaz de explicar?

La teoría explica regularidades de conducta y nos lleva a esperar que los resultados producidos por las unidades interactuantes caerán dentro de ciertos rangos específicos. Sin embargo, la conducta de los Estados y de los estadistas es indeterminada. ¿Cómo es posible, entonces, construir una teoría de política internacional que debe aprehender una conducta indeterminada? Ésta es la gran pregunta sin respuesta —y muchos afirman que es imposible de responder—, de los estudios políticos internacionales. La pregunta no puede ser respondida por aquéllos cuyo enfoque es conductista o reduccionista, como ya hemos visto. Tratan de explicar la política internacional en tér-

minos de sus principales actores. El enfoque conductista predominante de la construcción de teorías políticas internacionales se desarrolla encuadrando proposiciones acerca de la conducta, las estrategias y las interacciones de los Estados. Pero las proposiciones a nivel de la unidad no dan cuenta de los fenómenos observados a nivel sistémico. Como la diversidad de actores y las variaciones de sus acciones no son igualadas por la variación de los resultados, sabemos que hay causas sistémicas en juego. Al saberlo, sabemos también que es necesaria y posible una teoría sistémica. Advertir esa posibilidad requiere concebir una estructura sistémica internacional y demostrar cómo logra sus efectos. Tenemos que producir la revolución copernicana que otros han demandado, demostrando qué parte de las acciones y las interacciones de los Estados, y qué parte de los resultados que estas acciones e interacciones producen pueden ser explicados por medio de las fuerzas que operan a nivel del sistema en vez de operar al nivel de las unidades.

¿A qué me refiero con *explicar*? Quiero decir, explicar en estos sentidos: decir por qué el rango de los resultados esperados cae dentro de ciertos límites; decir por qué recurren los esquemas de conducta; decir por qué se repiten los acontecimientos, incluyendo aquéllos que tal vez disgusten a todos los actores. [La estructura de un sistema actúa como fuerza limitadora y de disposición, y por eso las teorías sistémicas explican y predicen las continuidades dentro de un sistema.] Una teoría sistémica muestra por qué los cambios a nivel de la unidad producen menos cambios de resultados de los esperables en ausencia de limitaciones sistémicas. Una teoría de política internacional puede decirnos algo acerca de los resultados políticos internacionales esperables, acerca de la flexibilidad que pueden mostrar los sistemas en respuesta a los impredecibles actos de un conjunto variado de Estados, y acerca de los efectos esperables que ejercerán los sistemas sobre los Estados.

Una teoría posee poder explicativo y predictivo. Una teoría tiene, además, elegancia. Elegancia en las teorías de ciencias sociales significa que las explicaciones y las predicciones serán generales. Una teoría de política internacional, por ejemplo, explicará por qué la guerra es recurrente, e indicará ciertas condiciones que harán que la guerra sea más o menos probable, pero no predecirá el estallido de guerras particulares. Dentro

de un sistema, una teoría explica las continuidades. Nos dice qué esperar y por qué. A veces se nos dice que los enfoques estructurales han demostrado ser desalentadores, que a partir del estudio de la estructura no hay mucho para aprender. Esto ocurre, presuntamente, por dos razones. Se dice que la estructura es, en general, un concepto estático y casi vacío. Aunque ninguno de ambos puntos es correcto, ambos son sugerentes. Las estructuras parecen ser estáticas porque a menudo duran largos períodos. Incluso, cuando no cambian, son dinámicas y no estáticas, porque alteran la conducta de los actores y afectan el resultado de sus interacciones. Dada una estructura durable, se torna fácil pasar por alto los efectos estructurales porque son repetidamente iguales. Así, uno espera que el mismo rango amplio de resultados se produzca a partir de las acciones de los Estados en una situación anárquica. Lo que continúa y lo que se repite no es, por cierto, menos importante que lo que cambia. La constancia de la estructura es lo que explica los esquemas y rasgos recurrentes de la vida política internacional. ¿Pero la estructura es, no obstante, un concepto vacío? En gran parte, y porque lo es gana en elegancia y en poder. Sin duda, la estructura de nada sirve en detalle. Los conceptos estructurales, aunque carecen de contenido detallado, ayudan a explicar algunos esquemas grandes, importantes y duraderos.

Lo que es más, las estructuras pueden cambiar de manera súbita. Un cambio estructural es una revolución, se produzca o no de manera violenta, y lo es porque da lugar a nuevas expectativas acerca de los resultados que se producirán a partir de los actos y las interacciones de unidades cuya colocación dentro del sistema varía junto con los cambios de la estructura. Entre sistemas, una teoría explica el cambio. Una teoría de política internacional sólo puede tener éxito si se definen las estructuras políticas de manera de identificar sus efectos causales y demostrar de qué modo varían estos efectos cuando cambia la estructura. A partir de la anarquía, inferimos grandes expectativas acerca de la calidad de la vida política internacional. La distinción entre estructuras anárquicas de diferente tipo nos permite producir definiciones más estrechas y precisas de los resultados esparados.

Consideremos, por ejemplo, los efectos sufridos por los Estados europeos a partir del cambio de un sistema multipolar

por otro bipolar. En tanto los Estados europeos fueron los grandes poderes del mundo, la unidad entre ellos sólo podía ser un sueño. La política entre los grandes poderes europeos tendía a un modelo de juego con suma cero. Cada poder consideraba que cada pérdida de otro era su propia ganancia. Enfrentados con la posibilidad de cooperar para beneficio mutuo, cada Estado se sentía más inclinado a retirarse. Cuando en una ocasión algunos de los grandes poderes se desplazaron hacia la cooperación, lo hicieron con el único objeto de oponerse con mayor fuerza a otros poderes. El surgimiento de los superpoderes ruso y norteamericano creó una situación que permitió una mayor y más efectiva cooperación entre los Estados de Europa occidental. Se convirtieron en consumidores de seguridad, para utilizar una expresión común en la época de la Liga de las Naciones. Por primera vez en la historia moderna, los determinantes de la guerra y la paz se hallaron fuera de la escena de los Estados europeos, y los medios de preservarlos eran suministrados por otros. Estas nuevas circunstancias hicieron posible el famoso "ascenso del interés común", expresión del pensamiento de que todos debían trabajar en conjunto para mejorar la suerte de todos, en vez de preocuparse obsesivamente por la división precisa de los beneficios. No desaparecieron todos los impedimentos de la cooperación, pero sí uno importante —el miedo de que la mayor ventaja de uno se tradujera en una fuerza militar que se usara en contra de los otros. Al vivir a la sombra de los superpoderes, Inglaterra, Francia, Alemania e Italia rápidamente advirtieron que la guerra entre ellos sería estéril, y muy pronto empezaron a creer que sería imposible. Como la seguridad de todos ellos acabó por depender en última instancia de las políticas de los otros, más que de la propia, era posible trabajar de manera efectiva por la unidad, aunque no se la lograra fácilmente.

Una vez que desaparece la posibilidad de guerra entre los Estados, todos ellos pueden correr con mayor libertad el riesgo de sufrir una pérdida relativa. Pueden intentarse empresas que serán más beneficiosas para unos que para otros, ya que estos últimos pueden concebir la esperanza de que otras actividades revertirán el equilibrio de los beneficios, y porque existe la convicción de que ciertas empresas, en general, resultan valiosas. Un Estado puede garantizar a otro ganancias económicas a

cambio de ventajas políticas, incluyendo el beneficio que implica el fortalecimiento de la estructura cooperativa europea. La desaparición de la preocupación de la seguridad entre los Estados de Europa occidental no implica la finalización de los conflictos, sino que produce un cambio de sus contenidos. Las negociaciones difíciles dentro de la Comunidad Económica Europea (por parte de Francia acerca de políticas agrícolas, por ejemplo) indica que los gobiernos no han perdido interés en saber quién ganará más y quién ganará menos. Los conflictos de interés subsisten, pero no la expectativa de que alguien puede usar la fuerza para resolverlos. Después de la Segunda Guerra Mundial, las políticas entre los Estados europeos adquirieron una cualidad diferente porque el sistema internacional dejó de ser multipolar para convertirse en bipolar. El limitado progreso en el campo económico y en otros campos, en dirección al logro de la unidad de Europa occidental, no puede comprenderse sin considerar los efectos que se produjeron a partir del cambio de estructura de la política internacional. El ejemplo ayuda a demostrar qué es lo que puede decirnos una teoría de política internacional, y qué no puede. Puede describir la amplitud de los probables resultados de las acciones e interacciones de los Estados dentro de un sistema determinado, y demostrar cómo varía el rango de las expectativas con el cambio de sistemas. Puede decirnos cuáles presiones se ejercen y qué posibilidades plantean los sistemas de estructura diferente, pero no puede decirnos cómo, ni con qué efectividad responderán las unidades del sistema a estas presiones y posibilidades.

Estructuralmente, podemos describir y comprender las presiones a las que están sujetas los Estados. No podemos predecir cómo reaccionarán a las presiones sin conocimiento de sus disposiciones internas. Una teoría sistémica explica los cambios entre sistemas, no dentro de ellos, y no obstante la vida internacional dentro de un sistema determinado no es de ninguna manera permanente repetición. Se producen discontinuidades importantes. Si se producen dentro de un sistema que persiste, sus causas se hallan a nivel de la unidad. Se produce una desviación con respecto a lo esperado cuando ocurre algo que se encuentra fuera del enfoque de la teoría.

Una teoría sistémica de la política internacional se ocupa de las fuerzas en juego en el nivel internacional, no en el nacio-

nal. Entonces se plantea esta pregunta: Si hay en juego tanto fuerzas a nivel de la unidad como a nivel sistémico, ¿cómo es posible construir una teoría política internacional sin construir simultáneamente una teoría de política exterior? La pregunta es exactamente igual que preguntar cómo se puede escribir una teoría económica de mercado en ausencia de una teoría de la empresa. La respuesta es: "muy fácilmente". La teoría de mercado es una teoría estructural que demuestra de qué modo las empresas son presionadas por las fuerzas del mercado que las obliga a hacer ciertas cosas de cierta manera. Si las harán o no, y de qué modo, es algo que varía de una empresa a otra, y estas variaciones dependen de las diferentes organizaciones y manejos internos. Una teoría política internacional no implica ni requiere una teoría de política exterior, del mismo modo que una teoría de mercado no implica ni requiere una teoría de la empresa. Las teorías sistémicas, ya sean políticas o económicas, son aquéllas que explican de qué modo la organización de un dominio actúa como fuerza limitadora y autorizadora de las unidades interactuantes. Esas teorías nos informan acerca de las fuerzas a las que están sujetas las unidades. A partir de ellas, podemos inferir algunas cosas acerca de la conducta y el destino esperado de las unidades: es decir, cómo tendrán que competir y adaptarse entre sí si es que deben sobrevivir y florecer. En la medida en que la dinámica de un sistema limita la libertad de sus unidades, las conductas y resultados se tornan predecibles. ¿Cómo esperamos que respondan las empresas a mercados diferentemente estructurados, y los Estados a sistemas políticos internacionales diferentemente estructurados? Estas preguntas teóricas nos piden que tomemos a las empresas como empresas, y a los Estados como Estados, sin prestar ninguna atención a las diferencias existentes entre ellos. Las preguntas se responden, entonces, haciendo referencia a la colocación de las unidades en sus sistemas, y no aludiendo a sus cualidades internas. Las teorías sistémicas explican por qué las unidades diferentes se comportan de manera similar y, a pesar de sus variaciones, producen resultados que caen dentro del rango de lo esperado. Inversamente, las teorías a nivel de la unidad nos dicen por qué las diferentes unidades se comportan de maneras diferentes a pesar de poseer una colocación similar dentro de un sistema. Una teoría de política exterior es una teoría de nivel nacional. Produce expectativas acerca de las respues-

tas de distintas políticas ante las presiones externas. Una teoría de política internacional se ocupa de las políticas exteriores de las naciones pero afirma explicar solamente ciertos aspectos de ellas. Puede decirnos con qué condiciones internacionales deberán enfrentarse las políticas nacionales. Creer que una teoría de política internacional está en condiciones de decir de qué modo se producirá ese enfrentamiento es lo opuesto del error reduccionista.

La teoría, así como la historia, de la política internacional se escribe en términos de los grandes poderes de una época. Esa es la costumbre tanto entre los científicos políticos como entre los historiadores, pero la costumbre no revela los motivos que se hallan detrás de ese hábito. En política internacional, al igual que en cualquier sistema de auto-ayuda, las unidades de mayor capacidad plantean la escena de la acción para las otras y para sí mismas. En la teoría sistémica, la estructura es una noción generativa; y la estructura de un sistema es generada por las interacciones de sus partes principales. Sería tan ridículo construir una teoría política internacional basada en Malasia y Costa Rica como construir una teoría económica de la competencia oligopólica basada en las empresas menores de un sector de la economía. Los destinos de todos los Estados y de todas las empresas de un sistema están mucho más afectados por las acciones e interacciones de los mayores que por las de los menores. A principio de siglo, alguien que se preocupara por las perspectivas de la política internacional como sistema, y por las naciones grandes y pequeñas que conformaban ese sistema, no centraba su atención en las políticas exteriores y militares de Suiza, Dinamarca y Noruega, sino más bien en las de Inglaterra y Alemania, Rusia y Francia. Concentrarse en los grandes poderes no implica perder de vista a los poderes menores. La preocupación por el destino de estos últimos implica prestar una mayor atención a los primeros. La preocupación por la política internacional como sistema implica la concentración en los Estados que causan las mayores diferencias. Una teoría general de política internacional se basa necesariamente en los grandes poderes. La teoría, una vez escrita, también se aplica a los Estados menores que interactúan, en tanto sus interacciones estén aisladas de los grandes poderes de un sistema, ya sea por la relativa indiferencia de estos últimos o por dificultades de comunicación y de transporte.

III

En una teoría sistémica, parte de la explicación de las conductas y de los resultados se halla en la estructura del sistema. Una estructura política es semejante a un campo de fuerza en física: las interacciones dentro de un campo tienen propiedades diferentes de aquéllas que existirían si estas interacciones se produjeran fuera de ese campo, y tal como el campo afecta a los objetos, estos últimos también lo afectan a él. ¿Cómo se puede otorgar un significado claro y útil a un concepto como el de estructura? ¿Cómo ejercen efecto las estructuras? Al considerar las estructuras como causas, resulta útil establecer una distinción entre dos definiciones.

El término "estructura" es ahora favorito de las ciencias sociales. Como tal, su significado se ha tornado absolutamente abarcativo. Al significar cualquier cosa, ha dejado de significar algo en particular. Dejando de lado sus usos vacuos y casuales, el término tiene dos significados importantes. Primero, puede designar un recurso compensatorio que funciona para producir una uniformidad de resultados a pesar de la variedad de impulsos. Los órganos del cuerpo mantienen las variaciones dentro de rangos tolerables a pesar del cambio de las condiciones. El hígado, por ejemplo, mantiene el nivel de azúcar dentro de cierto rango a pesar de la diversidad de comida y bebida ingeridas. De manera similar, los impuestos a los ingresos negativos y progresivos reducen las disparidades de los ingresos a pesar de la habilidad, la energía y la suerte de las personas. Como esas estructuras producen procesos de nivelación, los que experimentan los efectos de esa nivelación no necesitan tener conciencia de la estructura ni de cómo se producen sus efectos. Las estructuras de esta clase son agentes que funcionan dentro de los sistemas. Son estructuras del tipo de las que suelen tener en mente los científicos políticos. Comparten una cualidad con las estructuras tal como las he definido: funcionan manteniendo los resultados dentro de rangos estrechos. Difieren por ser ideadas por la naturaleza o por los hombres para operar dentro de sistemas mayores con propósitos particulares. Cuando me refiero a ellas, uso términos tales como agente, agencia y recursos compensadores. Uso la palabra "estructura" tan sólo en el segundo sentido.

En el segundo sentido, estructura designa un conjunto de condiciones limitativas. Esa estructura actúa como selector, pero no puede ser vista, examinada u observada como pueden serlo el hígado o los impuestos a los ingresos. Los mercados económicos formados libremente y las estructuras políticas internacionales son selectores, pero no agentes. Como las estructuras seleccionan por medio de la recompensa de algunas conductas y el castigo de otras, los resultados no pueden inferirse a partir de las intenciones ni de las conductas. Éste es un simple hecho lógico que cualquiera puede entender. Lo que no es simple es decir qué es políticamente aquello que desarticula la conducta y el resultado. Las estructuras son causas, pero no son causas en el sentido en que decimos que A causa X y B causa Y. X, e Y son diferentes resultados producidos por acciones o agentes diferentes. A y B son más fuertes, más rápidos, anteriores o de mayor peso que X e Y.

Esas causas se establecen por medio de la observación del valor de las variables, el cálculo de sus covariancias y el rastreo de las secuencias.² Como A y B son diferentes, producen diferentes efectos. En contraste, las estructuras limitan y dan formas a las agencias y a los agentes, y los inclinan en direcciones que tienden hacia una cualidad común de resultados, aunque los esfuerzos y los propósitos de las agencias y los agentes varíen. Las estructuras no producen efectos directamente. Las estructuras no actúan de la misma manera en que lo hacen las agencias y los agentes. ¿Cómo comprender entonces las fuerzas estructurales? ¿Cómo podemos pensar que las causas estructurales son más vagas que las propensiones sociales o que las tendencias políticas mal definidas?

Los agentes y las agencias actúan; los sistemas en general no. Pero las acciones de los agentes y las agencias son afectadas por la estructura del sistema. En sí misma, una estructura no conduce directamente a un resultado preferencial. Las estructuras afectan la conducta dentro del sistema, pero lo hacen de manera indirecta. Los efectos se producen de dos maneras: por medio de la socialización de los actores y por medio de la rivali-

² Una variable, contrariamente al uso que se le da en ciencia política, no es cualquier cosa que varía. Es un concepto que adquiere diferentes valores, un concepto desarrollado como parte de un modelo del mundo muy simplificado. Recuérdese el capítulo 1.

dad entre ellos. Estos dos procesos invasores se dan en la política internacional de la misma manera que en todo tipo de sociedades. Como son procesos fundamentales, me arriesgaré a enunciar lo obvio explicando cada uno de ellos en términos elementales.

Consideremos el proceso de socialización en el caso más simple de todos, el de un par de personas, o de empresas o de Estados. A influye sobre B. B, que se ha vuelto diferente gracias a la influencia de A, influye sobre A. Tal como lo expresa Mary Parker Follett, teórica de la organización: "La propia actividad de A penetra en el estímulo que está ocasionando su actividad" (1941, p. 194). Éste es un ejemplo de la conocida lógica estructural-funcional por la que las consecuencias se transforman en causas (cf. Stinchcombe, 1968, pp. 80-101). Los atributos y acciones de B son afectados por A, y viceversa. No es que cada uno de ellos influya simplemente sobre el otro; ambos están influidos por la situación creada por su interacción. La extensión del ejemplo torna más clara la lógica. George y Martha, los personajes principales de *¿Quién le teme a Virginia Woolf?*, de Edward Albee, crean por medio de su conducta e interacción una situación que ninguno de los dos puede controlar por medio de los actos y las decisiones individuales. En un profundo estudio de la obra de Albee, Paul Watzlawick y sus asociados muestran que las actividades de George y Martha no pueden ser comprendidas sin considerar el sistema que emerge de sus interacciones. Lo expresan de esta manera:

Lo que son individualmente George o Martha no explica lo que se ha compuesto entre ellos, ni tampoco cómo. Fragmentar este todo en rasgos individuales de personalidad... es esencialmente separar a uno de otro, negar que sus conductas tienen un significado especial en el contexto de esta interacción —perpetuado en realidad por el esquema de su interacción (1967, p. 156).

La conducta del par no puede ser comprendida si se adopta un enfoque unilateral de cada miembro. Más aún, la conducta del par no puede resolverse merced a un conjunto de relaciones biunívocas porque cada elemento de conducta que contribuye a la interacción está determinado en sí mismo por el hecho de que ellos son un par. Se han convertido en partes de un sistema. De-

cir simplemente que Martha y George están interactuando, con la acción de uno estimulando la respuesta del otro, oscurece la circularidad de sus interacciones. Cada uno acciona y reacciona con respecto al otro. El estímulo y la respuesta forman parte de la historia. Pero además los dos actúan juntos en un juego que —a pesar de que ellos mismos lo han “ideado”— motiva y da forma a sus conductas. Cada uno está jugando un juego, y los dos están jugando juntos ese juego. Reaccionan mutuamente y también en función de las tensiones que producen sus interacciones.

Éstos son ejemplos y descripciones de lo que todos sabemos y experimentamos. Podemos intentar con firmeza acabar una discusión, podemos anunciar esta intención, podemos insistir en ella y ser, no obstante, arrebatados por esa discusión. Podemos predecir con firmeza nuestra propia acción y terminar actuando de maneras que nos sorprenden y sorprenden a los otros. Años atrás, Gustave Le Bon dijo esto acerca del efecto que produce el grupo sobre el individuo:

La peculiaridad más notable que presenta una multitud psicológica es la siguiente: sean quienes fueren los individuos que la componen, por semejantes o disímiles que sean sus modos de vida, sus ocupaciones, su carácter o su inteligencia, el hecho de que han sido transformados en una multitud los pone en posesión de una suerte de mente colectiva que los hace sentir, pensar y actuar de manera muy diferente de la que cada individuo sentiría, pensaría y actuaría si estuviera en situación de aislamiento (1896, pp. 29-30).

No dejamos de ser nosotros mismos cuando las situaciones nos afectan intensamente, pero nos convertimos en nosotros mismos y también en otra cosa. Nos tornamos diferentes, pero no podemos decir cuál es el agente o la agencia que nos ha cambiado.

Los pares y las multitudes suministran ejemplos microcósmicos y transitorios de la socialización que se produce en organizaciones y en sociedades en gran escala y durante largos períodos. Nadie les dice a todos los adolescentes de una determinada escuela o ciudad que se vistan de manera similar, pero la mayoría lo hace. Lo hacen, por cierto, a pesar del hecho de que mu-

chas personas —sus padres— les dicen habitualmente que no lo hagan. La opinión de un grupo controla a sus miembros. Los héroes y los líderes emergen y son emulados. La alabanza de la conducta que satisface las normas del grupo las refuerza. La socialización conduce a los miembros de un grupo a satisfacer sus normas. Algunos miembros del grupo sentirán que esto es represor y tenderán hacia una conducta desviada. El ridículo puede poner en línea a los desviados, o hacerlos abandonar el grupo. En cualquier caso, se preserva la homogeneidad del grupo. De maneras diversas, las sociedades establecen normas y estimulan la conformidad. La socialización reduce la variedad. Las diferencias de los miembros de la sociedad son mayores que las diferencias observables de su conducta. Las características persistentes de la conducta grupal son en parte resultado de las cualidades de sus miembros. Por otra parte, son resultado de las características de la sociedad que sus interacciones producen.

La primera manera en la que las estructuras ejercen sus efectos es por medio de un proceso de socialización que moldea y limita la conducta. La segunda manera es por medio de la competencia. En los sectores sociales laxamente organizados o segmentados, la socialización se lleva a cabo por segmentos y la competencia se establece entre esos segmentos. La socialización estimula las semejanzas de los atributos y de las conductas. Lo mismo ocurre con la competencia. La competencia genera un orden, cuyas unidades adaptan sus relaciones por medio de sus decisiones y actos autónomos. Adam Smith publicó *The Wealth of Nations* en 1776. No pretendió explicar la conducta económica y los resultados tan sólo de allí en adelante. No desarrolló una teoría que se aplicara solamente a las actividades económicas de aquéllos que leen, comprenden y siguen su libro. Su teoría económica es aplicable en todos los casos en los que prevalecen las condiciones indicadas, y es aplicable independientemente del conocimiento de los productores y los consumidores.³ Esto se produce porque la teoría de Smith se ocupa de los límites estructurales. En tanto rija la selección, es posible predecir los resultados, conozcamos o no las intenciones de los actores y aunque ellos comprendan o no comprendan las limitaciones estructura-

³ Al decir que la teoría es aplicable, dejo de lado la cuestión de su validez.

les. Consideremos un ejemplo. Supongamos que pretendo instalar una zapatería. ¿Dónde situarla? Puedo haber advertido que las zapaterías tienden a agruparse. Siguiendo el razonamiento típico de la ciencia política, puedo inferir que, o bien las ciudades tienen leyes que regulan la ubicación de las zapaterías, o bien que los dueños de las zapaterías conocen la teoría de localización de los economistas, que de manera general les dice cómo ubicar sus comercios con el objeto de atraer la atención del mayor número posible de clientes. Ninguna de ambas inferencias se justifica. Siguiendo el razonamiento económico típico, diría que las condiciones del mercado recompensan a aquéllos que, ingeniosamente o no, sitúan sus comercios en los lugares adecuados, y que castigan a los que no lo hacen. Las conductas son seleccionadas en virtud de sus consecuencias. Los empresarios individuales no necesitan saber obligatoriamente cómo aumentar sus posibilidades de lograr beneficios. Si lo desean, pueden comportarse torpemente y confiar en que el selector de mercado separe a los que operan de manera inteligente de los que no lo hacen.

Se supone que las empresas son unidades de maximización. En la práctica, algunas de ellas pueden no estar intentando maximizar nada. Otras pueden intentarlo, pero su ineptitud torna difícil discernirlo. Los sistemas competitivos están regulados, por así decirlo, gracias a la "racionalidad" de los competidores más exitosos. ¿Qué significa la racionalidad? Significa solamente que a algunos les va mejor que a otros, ya sea por medio de la inteligencia, la habilidad, el trabajo duro o la simple buena suerte. Logran suministrar un producto o un servicio necesarios de manera más atractiva y barata que los demás. En ese caso, o bien los competidores los imitan, o pierden todo. Para ellos disminuye la demanda, bajan sus beneficios, y en última instancia van a la quiebra. Para interrumpir esta cadena de acontecimientos indeseables, deben cambiar sus maneras de funcionar. Y de este modo las unidades que sobreviven acaban por parecerse entre sí. Se forman esquemas en la localización de las empresas, en su organización, en sus modos de producción, en el diseño de sus productos y en sus métodos de marketing. El carácter ordenado se manifiesta en los resultados, y no necesariamente en los impulsos de entrada. Los que sobreviven comparten determinadas características. Los que van a la quiebra, no. La competencia insta a los actores a adaptar sus estilos a las prácticas más acep-

tables y exitosas socialmente. La socialización y la competencia son dos aspectos de un proceso por el que se reduce la variedad de conductas y de resultados.

Donde rige la selección según las consecuencias, emergen y duran esquemas sin que nadie haya acomodado las partes para establecerlos, y sin que nadie se preocupe tampoco por mantenerlos. Los actos y relaciones de las partes pueden regularse por medio de sus propias adaptaciones mutuas. El orden puede prevalecer sin un ordenador; las adaptaciones pueden producirse en ausencia de un adaptador; las tareas pueden distribuirse sin que exista un distribuidor. El alcalde de la ciudad de New York no telefona a los quinteros de New Jersey para decirles que planten más tomates el año próximo porque los distribuidos recientemente han sido escasos. La oferta y la demanda se adaptan de manera más confiable y sensata por medio de la respuesta auto-interesada de numerosos compradores y vendedores, y no gracias a las instrucciones de un alcalde. Un ejemplo de distinto tipo aparece si consideramos la respuesta de Montesquieu cuando se le presentó un plan para una sociedad ideal. Se dice que comentó: "¿Quién vaciará las bacinillas?" Como pregunta equivalente, podríamos enunciar: ¿Quién recogerá la basura? Los compradores del servicio de recolección de basura desean comprar barato ese servicio. Los vendedores desean venderlo caro. ¿Qué ocurre? Las ciudades toman medidas para hacer más atractivo el servicio: más limpio y más simple, por medio del uso de la automatización, y socialmente más aceptable gracias al aumento de status de ese trabajo, por ejemplo, suministrando a los trabajadores uniformes más agradables. En tanto la recolección de basura siga siendo una tarea poco atractiva, la sociedad paga más en proporción al talento requerido que lo que paga por otros servicios. La sociedad real se torna difícil de diferenciar de la ideal.

IV

Diferentes estructuras pueden ocasionar los mismos resultados a pesar de que varíen las unidades y sus interacciones. Así, en todo el mercado el precio de un producto o un servicio es uniforme si hay muchas firmas que compiten, si pocos oligopolios se embarcan en la connivencia de precios, o si el gobierno controla los precios. Competencia perfecta, connivencia completa, con-

trol absoluto: estas causas diferentes producen resultados idénticos. A partir de la uniformidad de los resultados, no podemos inferir que los atributos y las interacciones de las partes de un sistema han permanecido constantes. La estructura puede determinar los resultados independientemente de los cambios a nivel de las unidades e independientemente de la desaparición de algunas y la emergencia de otras de ellas. "Causas" diferentes pueden producir los mismos efectos; las mismas "causas" pueden tener consecuencias diferentes. A menos que uno sepa cómo está organizado un reino, no podremos diferenciar las causas de los efectos.

El efecto de una organización puede prevalecer sobre los atributos y las interacciones de los elementos que la componen. Un sistema independiente de las condiciones iniciales manifiesta, según se dice, equifinalidad. Si lo hace, "*entonces el sistema mismo es su mejor explicación*, y el estudio de su organización es la metodología apropiada" (Watzlawick et al., 1967, p. 129, cf. p. 32). Si la estructura influye sin determinar, debemos preguntarnos cómo y en qué grado la estructura de un reino da cuenta de los resultados. La estructura debe ser estudiada por sí misma, al igual que las unidades. Alegar estar siguiendo un enfoque sistémico o construyendo una teoría sistémica requiere que uno demuestre cómo pueden definirse diferencialmente el nivel sistémico y el de las unidades. La imposibilidad de señalar y preservar la distinción entre la estructura, por un lado, y las unidades y procesos, por el otro, torna imposible desenmarañar las causas de diferentes clases y diferenciar las causas de los efectos. Creo que el borramiento de la distinción existente entre los diferentes niveles de un sistema ha sido el mayor impedimento para el desarrollo de teorías acerca de la política internacional. El próximo capítulo demuestra cómo definir las estructuras políticas de manera de posibilitar la construcción de una teoría sistémica.